

PAZ AR



Visite la apasionante página de Tyndale Español en Internet: www.tyndaleespanol.com
TYNDALE y la pluma del logotipo son marcas registradas de Tyndale House Publishers, Inc.

Paz Ardiendo

© 2008 por Jeanette Windle. Todos los derechos reservados.

Fotografía de la portada del senderista en el acantilado © por Theo Allofs/Getty Images. Todos los derechos reservados.

Fotografía de la portada del helicóptero © por Brand X Pictures/Punchstock. Todos los derechos reservados.

Fotografía de la portada de la mujer cayendo © por Matthias Clamer/Getty Images. Todos los derechos reservados.

Diseño: Mark Lane

Edición del inglés: Lorie Popp

Traducción al español: Mireya E. Ponce de Clarke

Edición del español: Mafalda E. Novella

Versículos bíblicos han sido tomados de la *Santa Biblia*, versión Reina Valera 1960®. © por las Sociedades Bíblicas Unidas. Usado con permiso. Todos los derechos reservados.

Publicado en inglés en 2008 como *Betrayed* por Tyndale House Publishers, Inc. ISBN-10: 1-4143-1474-4; ISBN-13: 978-1-4143-1474-7.

Library of Congress Cataloging-in-Publication Data

Windle, Jeanette.

[Betrayed. Spanish]

Paz ardiendo / J. M. Windle.

p. cm.

ISBN-13: 978-1-4143-1490-7 (sc : alk. paper)

ISBN-10: 1-4143-1490-6 (sc : alk. paper) 1. Women anthropologists—Fiction.

2. Guatemala—Fiction. I. Title.

PS3573.I5172B4818 2008

813'.54—dc22

2007047793

Impreso en los Estados Unidos de América

14 13 12 11 10 09 08
7 6 5 4 3 2 1

ELOGIOS PARA PAZ ARDIENDO

“Jeanette Windle ha capturado los paisajes, los sonidos, la flora, la fauna, la gente de la ciudad, de los pueblos y de la jungla de Centroamérica y de América del Sur, así como el curioso y sinérgico mundo de los extranjeros: misioneros, miembros de organizaciones no gubernamentales, agentes de la DEA, ‘espías’ de la CIA, agregados militares, hombres de negocios de todo tipo y los siempre denostados y poco apreciados burócratas de la eterna aunque necesaria —último recurso lejos-de-casa— *embajada* [la embajada americana]. Windle entreteje su historia como sólo puede hacerlo una persona que, como ella, ha vivido y trabajado en esta emocionante y también contradictoria subcultura del imperio americano.”

WILLIAM K. SMITH

Agente Especial (Jubilado), U.S. Drug Enforcement Administration

“El estilo de escribir de Jeanette lo transporta a los lugares sobre los que está escribiendo. Puede ver tanto el fuego interminable del basurero municipal de la ciudad de Guatemala como la belleza del bosque nuboso guatemalteco. Puede escuchar los sonidos de la vida salvaje. Y se puede preguntar acerca del joven oficial del Departamento de Estado y del encargado de mantenimiento que apoya en el Centro de Rescate de la Flora y Fauna. ¿Quiénes son estos hombres y qué papel juegan en el asesinato de Holly, la hermana de Vicki Andrews? Una vez más, Jeanette ha capturado su atención y lo ha hecho formar parte de su aventura.”

CW 3 LARRY TOMLINSON, SR.

(EE. UU., Jubilado), Miami, FL

“Jeannette Windle posee un talento excepcional para escribir novelas que deja demostrado una vez más en *Paz Ardiendo*. Su narrativa histórica muestra una gama completa de emociones humanas que van desde la rutinaria tarea investigativa de una antropóloga hasta dejar al descubierto la aparente paz de un país que sigue sumergido en la línea de fuego y que vive la presente guerra contra el terror. Con la espectacular narrativa que la caracteriza, Jeannette captura detalles íntimos de la vida de los personajes que se desenvuelven en una serie de intrigas luchando para sobrevivir en medio del engaño, el odio y la venganza. *Paz Ardiendo* es una novela que entretiene, instruye y satisface al lector más exigente.”

MERCADOCRISTIANO.COM

“El maravilloso arte de Windle para relatar historias sólo es igualado por su conocimiento de las complejidades latinoamericanas. *Paz Ardiendo* es un viaje fascinante al suspenso y al temor iluminados por la esperanza.”

PATRICIA SPRINKLE

autora de los éxitos de librería *Thoroughly Southern* y la serie de intriga *Family Tree*

“Precisamente bajo la superficie de la vibrante belleza de los recursos naturales guatemaltecos yace un cultivo de agitación política. Usted puede experimentarlo todo en *Paz Ardiendo*. Jeanette Windle no es sólo una gran escritora; ella también conoce Latinoamérica. Recomiendo esta novela de acción a cualquier persona que quiera mejorar su entendimiento del mundo latino o simplemente disfrutar leyendo un misterio intrigante con algo de romance. ¡Es una obra fascinante!”

DR. RON BLUE

Coordinador, Doctorado de Ministerio en Español, Dallas Theological Seminary



DEDICATORIA

A las “Tía Evelina” reales de mi niñez, quienes podían montar a burro en los Andes, enfrentar una huelga violenta con valor y asegurar a un niño de la calle de que su Padre celestial lo amaba; su compromiso, fuerte como el hierro, enseñó a esta pequeña hija de misioneros norteamericanos lo que realmente son el valor, el amor y el sacrificio.



Sierra de las Minas, Guatemala

“El mundo entero es del Padre . . .”

El canturreo repicaba con el chirrido de los guacamayos y el chillido de los monos en las copas del bosque nuboso. Aun así, en su escondite verde hecho justo a la medida por anchas frondas, rizados helechos y por lo que había sido un grueso lecho de musgo, la cantarina se contuvo a sí misma y, manteniendo un dedo en alto, también hizo callar a sus compañeros. Nunca antes habían llegado tan lejos ni por tanto tiempo sin haber sido arreados de vuelta, y esta vez no estaba lista a ser arrancada de este nuevo y placentero juego.

Eran tres en total, dos niñas y un niño. La apariencia física de las niñas no dejaba deducir el hecho de que eran hermanas. La cantarina era pequeña; tenía cabello café oscuro con facciones finas y bronceadas. Su hermana menor, un poco más de dos años de edad, era sumamente rubia y con una piel tan blanca que dejaba ver sus venas azules. Esta singularidad le fascinaba al niño, cuyo cabello negro y facciones gruesas y oscuras lo marcaban como un nativo de estas sierras centro-americanas.

Al momento había poca diferencia entre los tres pequeños, ya que estaban extremadamente sucios. Con palitos afilados habían revuelto

la firme elasticidad del lecho de musgo hasta convertirlo en un lodazal arcilloso. Este mismo lodo cubría por completo sus medias de lana, sus suéteres tejidos a mano y sus cabezas, clara y oscuras, que ahora lucían iguales —de un color café rojizo.

Esta demolición tenía un objetivo: estaban construyendo una casa. Con sus manitos enterraban arduamente las cañas de bambú en el lodo, colocando capas de frondas de banana y de grandes hojas de palmera a través de la parte superior. Con mucha paciencia repetían esta labor cada vez que su casita se venía abajo.

Los tres eran sumamente felices, tanto como los niños pueden serlo cuando tienen suficiente alimento, cariño y la seguridad del cuidado de adultos y cuando, además, cuentan con la naturaleza entera como su juguete. En algún momento el ruido de los truenos había anunciado una tormenta, pero cuando salieron de su escondite y confirmaron que, entre las gruesas ramas de las copas de los árboles, el cielo aún estaba azul, habían vuelto a sus labores.

Ignoraban felizmente la presencia de una víbora, tan verde como el helecho en el que se había enroscado, justo sobre sus cabezas. Tampoco sabían del jaguar que, ubicado bajo los helechos, los observó con curiosidad por un momento antes de levantarse silenciosamente y desaparecer.

Con la misma inocencia ignoraban la diferencia entre el ruido producido por un arma de fuego rápido y por los truenos.

La ilusión de tranquilidad era tan absoluta que la niña más pequeña se aventuró a producir un satisfecho y lento tarareo mientras aplastaba y recogía el lodo. Estaba tarareando la misma melodía que su hermana había estado cantando.

Olvidándose de sus precauciones, la niña mayor comenzó a cantar otra vez.

“El mundo entero es del Padre . . .” Al olvidarse lo que seguía, ella también siguió tarareando.

El niño maya había oído esta canción tantas veces que ahora él también añadía su silbido desentonado a la vez que, por encima de ellos, los guacamayos contribuían con sus chirridos.

Sí, este era el mundo de su padre. Ahora él las había traído a este

paraíso remoto y secreto; el más maravilloso que había conocido en toda su corta y diversa vida.

Sin embargo, hasta la libertad cansa en cierto momento.

Después de haber lamido hasta la última migaja que quedaba en las envolturas de hoja de banana de los tamales de maíz que habían traído como provisión para su aventura —y después de que la más pequeña dejó de tararear y comenzó a lloriquear— la niña mayor se preguntó por qué no habrían venido a llevarlos de regreso a casa. Al salir gateando de su refugio, se quedó sorprendida al ver, a través de las copas del bosque, que el cielo estaba teñido de un rosa anaranjado.

De vuelta dentro de su escondite, puso su cabeza cerca de la del niño maya, quien era su compañero de juegos y también el guía. Aunque no hablaban el mismo idioma, los pequeños se entendían lo suficientemente bien. Tomando la mano de su hermanita, la niña mayor la convenció de seguir al niño maya.

Una vez que emprendieron el camino de regreso, la humedad que goteaba de cada hoja y fronda les penetraba a través de sus suéteres de lana enlodados. Por primera vez la niña mayor se preguntó si debieron haberse alejado tanto y por tanto tiempo. Papá y Mamá eran el pilar de amor de su pequeño universo, pero el enojo de ellos podía también ser tan devastador como el ruido de esos truenos que había oído más temprano.

No obstante, su mente de niña no era capaz de albergar culpa o preocupaciones durante mucho tiempo. Aunque el camino de regreso parecía ser más largo que el que habían tomado cuando salieron de la casa, todavía les quedaban muchas cosas en que distraerse y de las cuales disfrutar. Volutas blancas de la neblina de la montaña se enroscaban alrededor de los árboles, posando dedos fríos sobre sus mejillas rojizas. Por encima de sus cabezas, un rayo rojo era la cola emplumada de un quetzal. Orquídeas cayendo en rizos sobre el camino se asemejaban tanto a diminutas caritas que la niña más pequeña empezó a dar risitas. Con un manojito de bananas que habían hurgado en el camino para satisfacer sus estómagos hambrientos, los niños dejaron que sus cansadas piernas los llevaran a rastras mientras que el cielo empalidecía hasta hacerse verde y las primeras estrellas comenzaban a aparecer.

Cuando olieron el humo que venía de más adelante y escucharon

las voces fuertes, la niña mayor empezó a halar impacientemente a su hermanita. El humo significaba que estaban cocinando, y si la comida de la noche tenía que ser interrumpida para emprender la búsqueda de los pequeños, entonces estos recibirían mucho más que un regaño.

Tan pronto como salieron al claro, la niña mayor se dio cuenta de que el humo no provenía del fuego para cocinar. Las llamas se extendían hasta lo alto, en un trasfondo que ya no era la apacible aldea de la cual los niños habían salido. No entendía esta invasión de hombres desconocidos y sus vehículos. ¿Qué estaban haciendo aquí? ¿Por qué los cuerpos de las personas estaban amontonados, el uno sobre el otro, como costales de papas?

¿Y por qué el hogar de su familia ahora ardía en llamas? ¿Por qué estaban sus preciadas posesiones amontonadas desordenadamente sobre el polvoriento suelo para que estos invasores las saquearan?

Sobre todo, ¿por qué las personas más importantes de su vida no estaban aquí para hacer que todo este terror y desconcierto que la embargaba desaparecieran?

“¡Papá! ¡Mamá!”

Unas figuras altas se dirigían a grandes pasos hacia los niños. Las sombras y el fuego intermitente no podían disimular el hecho de que se trataba de hombres desconocidos. Detrás de estos hombres, las llamas ardientes se hacían aún más altas y su horrible brillo rojo se derramaba sobre el montón creciente de cuerpos.

La niña pudo ver, entre la oscuridad de aquel montón, unos bultos más claros. Rasgos pálidos y familiares yacían inmóviles como dormidos. Se habían convertido en sucias figuras tiradas, con manchas que no eran de lodo.

“¡Papá! ¡Mamá!”

Casi ni escuchó los gritos angustiados de su compañerito de juego, quien cruzó el claro a toda velocidad. Su hermanita, a quien todavía llevaba muy apretada, también estaba gritando. Sin embargo, la niña mayor permanecía inmóvil y en silencio. Tal vez si cerraba los ojos, todo esto desaparecería, al igual que lo hacían sus pesadillas al sentir los brazos fuertes de su papá o los besos de su mamá. *“El mundo entero es del Padre . . .”*

¡Papá! ¡Mamá!

Al principio, la niña no se dio cuenta de que las voces furiosas hablaban un idioma que ella conocía.

—Que no queden testigos; esas son las órdenes.

—¿Estás loco? ¡Son niños . . . son bebés! ¿Acaso tus matones no han masacrado lo suficiente como para un día?

—¿Crees que nosotros tenemos la culpa de esta masacre?

—No, sólo que nosotros hicimos posible que se llevara a cabo.

Unas toscas manos hicieron a un lado los rizos enlodados de la niña mayor, limpiando también el lodo de su rostro.

—¡Oye! Ven a ver esto. Estas niñas no son de aquí.

—¿Quieres decir que son las hijas de . . .? Bueno, si esto no es . . . ¡Oye! ¡Dejen esas cámaras! Que no quede evidencia. ¿Tengo que repetírselos una y otra vez? ¿Qué hacen? ¡Muévanse!

Unas pisadas pesadas se alejaban y ya no se oían los gritos groseros. Entonces alguien la estaba cargando y la estaba llevando hacia uno de esos vehículos desconocidos. El cuerpecito tembloroso de su hermanita terminó también en sus brazos.

“No lloren, queridas,” susurró una voz grave. “Todo va a estar bien. Ahora ya están a salvo.”

Aunque era pequeña, la niña sabía que eso era una mentira.

Nunca más se sentiría a salvo.

Veinte Años Después

Así que los rumores eran verdad.

La quietud alertó a la patrulla aun antes de que su Jeep del ejército se detuviera bruscamente en medio de un espacio abierto y polvoriento, que era todo lo que esta aldea en medio de las montañas consideraba como su plaza.

No había pollos ni cerdos cruzando a través de los caminos sin pavimentar. No había mujeres moliendo maíz o agachadas sobre los hoyos para cocinar. No se oían los chillidos de los niños jugando. El líder de la patrulla se detuvo para hurgar con su bota una mancha siniestramente oscura. Mientras tanto, su unidad avanzaba en formación a través del pueblo, usando las culatas de sus rifles automáticos para derribar las puertas de bambú de construcción rudimentaria.

“¡Capitán! Venga acá.”

Una estructura de bloques de calcina con un techo de latón galvanizado, ubicado al otro lado de la aldea, era la única construcción sólida del lugar. El líder de la patrulla se dirigió a grandes pasos hacia donde estaban dos de sus hombres, quienes ya habían derribado la puerta. Un solo pizarrón y las bancas de madera tiradas sobre el piso de concreto indicaban que este sitio había sido a la vez la escuela, la municipalidad, el refugio en caso de tormentas . . . y ahora la morgue.

El líder de la patrulla chasqueó los dedos.

“Dile al gringo que ya los encontramos.”

Su ayudante entendió de inmediato la orden. Los miembros de este contingente militar eran jóvenes de piel oscura, con el típico y crónico crecimiento truncado y extrema delgadez de los mal alimentados. Conscriptos campesinos, demasiado pobres como para pagar el soborno que les dejaría exentos del servicio militar.

La única excepción estaba de pie bajo el techo de paja de un albergue para cocinar. La estatura de este sobresalía tanto como el color claro de su cabello y de sus ojos. El recluta entendió la expresión pensativa del extranjero mientras este removía con un palito los frijoles en una olla colocada sobre un fuego extinguido. Ningún habitante de la aldea abandonaría voluntariamente un buen plato de comida.

“Señor, el capitán pide que vaya a verlo.”

Los largos pasos del gringo dejaron atrás al recluta. Al acercarse a la puerta derribada, el líder de la patrulla extendió uno de sus brazos.

“No es necesario que entre. Ya no hay nada que se pueda hacer.”

Pero el extranjero ya se encontraba adentro. Detrás de él, amontonándose en la entrada, el líder de la patrulla y sus reclutas observaron como el gringo se detuvo súbitamente, tan pronto como sus botas tocaron el charco pegajoso que se extendía a través de todo el piso de concreto.

Los habían matado a todos. Los hombres de la aldea no daban muestras de haber opuesto resistencia. Tal vez ni siquiera se dieron cuenta de lo que estaba a punto de suceder. Las mujeres, por otro lado, no habían muerto tan rápido. Tiradas, recostadas contra la pared opuesta, o esparcidas como muñecas arrojadas sobre el piso de concreto, reposaban en una rara formación en línea donde las rápidas ráfagas de las ametralladoras las habían aniquilado.

Y los niños . . .

Encorvándose, el extranjero pasó suavemente su mano para cerrar los ojos vacíos de un niño de edad preescolar. Cuando se dio vuelta para mirar a los soldados, la frialdad de su implacable expresión fue superada sólo por la gelidez de su mirada fija.

“Así que . . . esto comienza de nuevo.”

“Señoras y señores, el vuelo 621 de AeroMéxico está comenzando ahora su descenso final hacia el Aeropuerto Aurora, el aeropuerto internacional de la ciudad de Guatemala.” El anuncio del altoparlante se dio en el mismo instante en el que se encendió la luz intermitente del aviso —*Abróchese el Cinturón de Seguridad*.

En la mitad de la abarrotada cabina del 727, Vicki Andrews obedientemente se abrochó su cinturón de seguridad, levantó la persiana de su ventanilla y miró hacia abajo. El paisaje era muy similar al de cualquiera de las otras doce naciones en vías de desarrollo a las que había tenido que ir en los últimos años. Había que admitir que este paisaje era espectacular, pero su esplendor también estaba marcado —inevitablemente— por el impacto de la humanidad. En este caso, Vicki no estaba segura si los picos blancos de las montañas y los cráteres volcánicos que rodeaban la cuenca en la cual estaba asentada la ciudad de Guatemala eran nieve o neblina.

El avión se alineó para entrar al aeropuerto. Más allá de las torres de control y de los terminales aéreos, Vicki podía ver la famosa Zona 10 de la ciudad de Guatemala. Las brillantes torres de vidrio de los hoteles de lujo y de las instituciones bancarias. La bella y enarbolada Avenida de la Reforma con sus clubes nocturnos, sus restaurantes típicos estadounidenses, sus caras boutiques y sus embajadas internacionales. Alineadas

en terrazas sobre las pendientes se veían las mansiones, colmadas de todo tipo de seguridad, en las que la élite de la sociedad de Guatemala escapaba del tercer mundo. Era una escena atractiva y la única que muchos de los visitantes extranjeros verían de esta ciudad capital. Vicki no sería uno de ellos.

Mientras continuaba su descenso, el avión inclinaba sus alas dejando así ver, más allá de la desamparante Zona 10, un excelente panorama de la otra cara de esta ciudad capital en la que vivía y laboraba la abrumadora mayoría de sus habitantes. Se trataba de un laberinto de calles estrechas, de fachadas desgastadas de adobe desfiguradas por el grafito político. Vio un mar de tejas rojas con algunos techos de latón y de duralita esparcidos. Amontonadas en cada espacio disponible y trepando por los lados de la montaña estaban las casuchas de los pobres, hechas con restos de leños, con pedazos de latón y aun con trozos de cartón.

Lejos, a la derecha de Vicki, uno de los sitios más ocultos de la ciudad de Guatemala cruzaba a través de los asentamientos de estas casuchas: un profundo y ancho barranco. Este, que originalmente había sido el conducto de uno de los mayores ríos tributarios, ahora era un receptáculo completamente diferente. Su desigual y descolorida superficie se extendía hasta las proximidades de, lo que ella sabía bien, eran miles de toneladas de deshechos. Se trataba del basurero municipal, el destino final de Vicki.

A pesar de que todo esto le era tristemente muy familiar, no le traía ninguna clase de recuerdos. ¿Por qué, entonces, había dudado tanto en venir a este lugar?

Dejando de lado el paisaje, Vicki retomó la información impresa que había estado leyendo acerca de este país.

Guatemala, el corazón del imperio maya, fue conquistada por los españoles en el siglo XV. Siglos de gobierno colonial dieron como resultado una sociedad sumamente estratificada. Así, la mayoría indígena maya quedó relegada a una posición de peonaje en un sistema de estilo feudal; se produjo una creciente clase ladina urbana, o clase española/maya; y se dio paso a una clase elitista gobernante, en su mayoría europea. . . . En la década de los cincuenta Estados Unidos era dueño de United Fruit Company, el

terratiente más poderoso de Guatemala, lo que dio origen al término banana republic. Debido a que las plantaciones cafetaleras y bananeras dependían de la mano de obra de los mayas, la elección del candidato de la reforma Coronel Jacobo Arbenz causó gran preocupación tanto en el medio aristocrático como en el ámbito de los negocios internacionales. Un golpe de estado apoyado por la CIA dio paso a medio siglo de regímenes militares, marcados por las protestas populares y por las represalias del ejército. . . .

Para cuando los Acuerdos de Paz de 1996 marcaron un cese al fuego de la guerra civil, más de doscientos mil civiles habían desaparecido o habían sido víctimas de diversas masacres. Aunque una Comisión de la Verdad de las Naciones Unidas determinó que el ejército guatemalteco era responsable de más de 90 por ciento de todas las atrocidades, Estados Unidos ha mantenido fuertes vínculos económicos y políticos con Guatemala —haciendo de este país uno de sus aliados más fuertes en la guerra contra el socialismo. . . .

Frondosas vegetaciones, hermosas playas y una colorida mezcla de las culturas maya y española hacen de Guatemala un paraíso tropical. Sin embargo, debido a las desigualdades sociales que aún prevalecen y al creciente porcentaje de crímenes, la embajada de Estados Unidos recomienda que sus ciudadanos mantengan un alto nivel de precaución. . . .

¡Paraíso tropical! Tan pronto como el avión aterrizó y comenzó a dirigirse hacia el terminal, Vicki empezó a reunir sus pertenencias.

Vicki esperó hasta que el pasillo quedara libre de pasajeros para deslizarse de su asiento, tomando su cartera y su bolso de lona —todo su equipaje. A través de sus experiencias había aprendido a llevar consigo sólo lo que pudiera cargar al hombro a fin de alejarse rápidamente de un avión, de un autobús o de un motín.

Las filas de inmigración aún eran largas cuando Vicki encontró la que decía *Extranjeros*. Tan pronto le estamparon su pasaporte se dirigió a las aduanas, una fila de mesas de madera detrás del lugar en el que se retira el equipaje. Guardias serios, con rifles automáticos, caminaban cerca de Vicki mientras vaciaban su bolso de lona y tanteaban las costuras del mismo con la punta de un cuchillo de mano. El mismo cuchillo perforó su desodorante, dejando trocitos blancos, como de caspa, por toda su ropa.

Una vez más todo le era tristemente familiar.

Mientras guardaba sus cosas y cerraba otra vez su bolso de lona, ella se repetía a sí misma —con cierta severidad— que esto también era parte de su trabajo. Entonces, ¿por qué se sentía tan molesta?

Sólo estoy cansada. Los preparativos de la última misión habían sobrepasado sus cálculos por unas dos semanas, por lo que apenas había tenido tiempo para escribir y enviar por fax el reporte final antes de abordar el avión hacia la ciudad de Guatemala.

Llevando al hombro sus maltratadas pertenencias, se dirigió hacia la pared de plexiglás que separaba el área de equipaje y aduanas de una multitud apiñada que esperaba afuera la llegada de sus conocidos.

Un juego de la iluminación le permitió ver su reflejo, así que Vicki pudo ver brevemente la imagen que iba a ofrecer a su comitiva de recepción: pantalones vaqueros arrugados y una camiseta, cabello café oscuro hasta los hombros sujetado firmemente detrás de su cabeza, una leve capa de sudor y polvo —su único maquillaje— y sus ojos de color ámbar brillando detrás de sus pestañas. No llevaba ninguna clase de joyas porque en los sitios en los que pasaba sus días, usarlas sería una invitación a que la asaltaran.

Ciertamente, no iba a dar una primera impresión muy atractiva.

El reflejo de su imagen se desvaneció y Vicki lo descartó encogiéndose de hombros. Sus viajes de un basurero municipal a otro no requerían que proyectara una imagen glamurosa.

Vicki mostró su pasaporte y su sello de aprobación de aduanas —ganado a duras penas— a un último guardia y salió del área de control.

Afuera, una barrera de metal mantenía a la multitud separada de la pared de plexiglás. Cada vez que salía un pasajero, la muchedumbre se apiñaba sobre la barrera y emitía una serie de nombres; mucha de esta gente llevaba también pancartas y letreros.

Vicki instintivamente comenzó a buscar un rostro conocido entre la multitud. Luego se dedicó a leer las pancartas. Ninguno de sus conocidos podía estar esperándola en medio de ese gentío de bienvenida.

Había observado cuidadosamente, de un lado a otro, a casi todas las personas que conformaban semejante mar de manos y cuerpos hasta que por fin encontró el rótulo que buscaba. Un pedazo cuadrado de cartón llevaba escrito a mano el nombre *Casa de Esperanza*.

Al igual que Vicki, la persona que lo llevaba también era una extranjera. Se trataba de una mujer mayor, un poco más baja que Vicki pero encorvada por los años y tan delgada que parecía casi del tamaño de un niño. Le resultó tan familiar que Vicki se detuvo un tanto, hasta que se dio cuenta de que la mujer era la viva imagen de cualquiera de las misioneras estadounidenses que había visto en un sinnúmero de fotografías históricas en blanco y negro que había encontrado al hacer sus investigaciones. El moño de la misionera todavía lucía, en medio de los cabellos blancos, un poco de su color castaño rojizo original. Su vestido flojo de algodón llegaba modestamente hasta los topes de sus medias oscuras, que le llegaban hasta las rodillas. También llevaba puesto un par de fuertes zapatos para caminar.

Vicki suprimió una carcajada. ¿Había venido a desperdiciar su tiempo?

En ese momento vio la mirada brillante y audaz de la mujer, con su sonrisa llena de compasión, cariño y jovialidad, por lo que Vicki decidió no juzgarla por su apariencia. Vicki se aproximó, puso su bolso de lona en el suelo y extendió la mano.

—Buenos días. Usted debe ser Evelina McKie, la fundadora de Casa de Esperanza. Yo soy . . .

En ese momento la misionera pareció reconocerla con gran sobresalto.

—Tú eres . . . ¿Victoria?



Jeanette Windle, periodista y autora cristiana, creció en las selvas y pueblos rurales de Colombia, donde sus padres sirvieron como misioneros. Se graduó de Christiansen Academy en Venezuela y de Prairie Bible

College en Canadá. Después de casarse, Jeanette y su esposo, Martín, se trasladaron a Bolivia, donde Jeanette sirvió ministrando a mujeres y niños en alto riesgo. Luego vivieron en Miami por varios años y ahora viven en Akron, Pennsylvania, con sus cuatro hijos. Una de las pasiones de Jeanette es el desarrollo de escritores cristianos alrededor del mundo; por eso ha dictado seminarios y enseñado a muchos escritores en varios países.

Jeanette es la autora de *Kathy and the Redhead* [*Kathy y la Pelirroja*], una novela juvenil basada en sus propias experiencias en Sudamérica, de los seis libros de aventura de la serie Parker Twins [Los Mellizos Parker] y de una novela para adolescentes, *Jana's Journal* [*El Diario de Jana*]. Además ha escrito tres novelas de suspenso político: *CrossFire* [*Cruzada de Fuego*], *Zona de Despeje* y *FireStorm* [*Tormenta de Fuego*]. Ha sido galardonada con varios premios, entre ellos el Deserted Island Choice Award de 2005, otorgado por ficción cristiana sobresaliente.

Para mayor información acerca de Jeanette Windle y sus libros, busque en www.jeanettewindle.com.